

En 1911 Apollinaire se vió mezclado en un desagradable asunto. Un singular personaje, Géry Pieret, su secretario ocasional, robó en el Louvre un busto hispánico y lo escondió en su casa. Poco después, el 28 de agosto, los periódicos de París publicaban la sensacional noticia de que la Gioconda había desaparecido del Louvre. Y con este motivo salieron a relucir otros robos recientes. Asustado el poeta porque entonces descubre la procedencia del busto que Géry Pieret guarda en su casa, le encarga al París-Journal de su restitución.

Pasados unos días, el 7 de septiembre, el poeta era detenido y encarcelado entre los muros de la Santé como sujeto peligroso.

La detención se basaba en muy lejanas motivaciones y sospechas. Desde hacía tiempo el poeta había trabado relación con pintorescos personajes de una honorabilidad dudosa. Uno era Géry y, ahora, el hecho de que en ocasiones lo hubiera utilizado de secretario y dado cobijo y comida en su casa, le iba a costar un alto precio. A este personaje la policía le seguía los pasos como sospechoso de robos en el Louvre. Investigando en sus relaciones dieron con el nombre de Apollinaire y, con la peculiar lógica que se usa en ocasiones cuando de temas relacionados con el arte se trata, dedujeron que como jefe y defensor de teorías iconoclastas respecto al entendimiento convencional del arte, el poeta era un revolucionario y cabeza de una banda dedicada a robar obras maestras en los museos... No tardó en aparecer el cuadro, de descubrirse el error y Apollinaire recobró la libertad.

La humillación de este hecho se vió agravada por el comportamiento de algunos colegas. André Billy cuenta: "Una mañana le detuvieron y durante unos días el mundo entero creyó ver en él al hombre que había robado la Gioconda. Los amigos nos movilizamos inmediatamente en su auxilio. Dupuy, André Tudesq y yo, redactamos una protesta y nos pusimos a recoger firmas. Todavía oigo a Tudesq telefonear a Frantz Jourdain, presidente del Salón de Otoño: ¡Como! -respondió aquel hombre eminente- ¡Mi firma para que suelten a Apollinaire? Nunca jamás ¡Para hacerle colgar todo lo que ustedes quieran! Yo me juré entonces que esa frase no se perdería.

Como en las demás experiencias vitales que afectaron intensamente su sensibilidad, el hombre extraordinariamente receptivo y creador que era Apollinaire sacó partido para su obra literaria -hay rastros de esta aventura en sus relatos y novelas-, especialmente para su poesía. En esa ocasión escribió una serie de poemas con un tono de romanticismo permanente, en línea paralela a Sagesse de Verlaine y de las Baladas de Villón, impregnados de la melancólica aceptación del destino.

(traducción y nota, por Antonio F. Molina)